

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

¿Choque de civilizaciones?¹

Perspectivas y prospectivas ante la situación actual

Sólo un mundo habitado por sujetos capaces de protagonizar la historia puede parar la catástrofe en la que estamos instalados, y a las que nos veremos abocados de no rectificar tajantemente el rumbo de nuestra civilización.

.....
Eduardo Martínez

Profesor de filosofía

Afganistán, epifenómeno de una compleja realidad

Es evidente que la guerra de Afganistán ha estado directamente conectada con el luctuoso acontecimiento del 11 de septiembre. No tan evidente les parece a muchos la conexión con el conflicto árabe-israelí que ya por decenios se prolonga. Aún menos se atreven a relacionar los eventos de la presente guerra con el sistema político y económico que rige eso que se llama, falazmente, «comunidad internacional». De esta comunidad cabe decir que no es «común» ni «comunitaria» (de todos y para todos por igual), y que es un poder opresivo transnacional para beneficio de unos pocos: Estados Unidos, Unión Europea, Japón, a través de sus agentes económicos (empresas y organizaciones como el FMI) y militares (ejércitos, diplomacia selectiva, etc.).

Tales dificultades interpretativas se deben a que vivimos en una realidad absolutamente nueva, precisamente, por el elemento inédito que constituyen unas estructuras económicas y comunicativas globales (no así las políticas, sociales, culturales o religiosas). Hablaríamos pues de unas estructuras tecno-económicas novedosas que globalizan un orden establecido por medio de las grandes infraestructuras en telecomunicaciones (satélites —redes GPS²—, GII³ para internet, etc.) favoreciendo a sus creadores y poseedores, mientras el resto del mundo se ve inundado por esta ola y los costes tan graves que impone. Entre ellos debemos mencionar los **tecnológicos** (adquisición de tecnologías extrañas que incrementan la dependencia), los **económicos** (exclusión, o explotación a favor del *dumping*⁴ socio-económico en beneficio de las grandes empresas transnacionales), los **políticos** (pérdida de soberanía de los pueblos y sus órganos representativos a favor de la mediatización económica mundial, por ejemplo el AMI⁵ o los controles e influencias del FMI⁶, el Banco Mundial, o la OMC⁷), y los **culturales** (pérdida de identidad individual y colectiva, pérdida del sentido existencial de personas y comunidades, a favor de la inmanencia materialista encarnada en el consumismo).

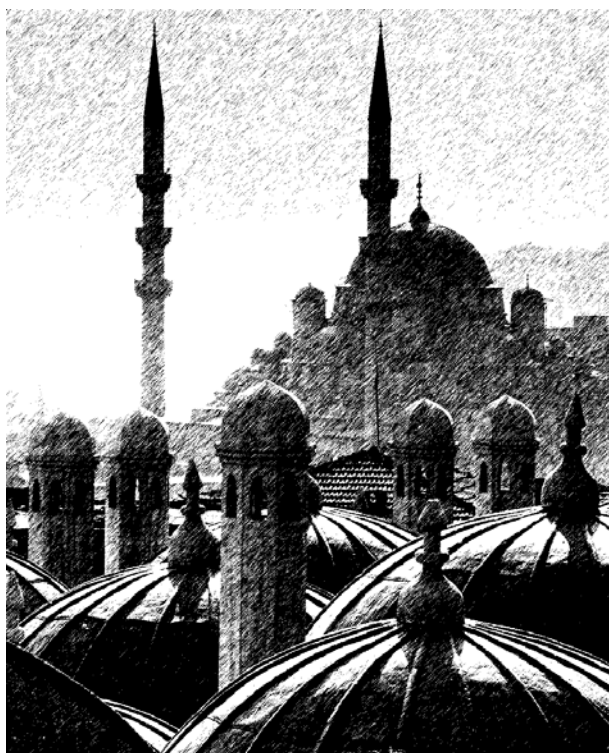
Para explicar algo en este contexto se hace necesario, imprescindible, no caer en reduccionismos o simplismos de ningún género. La atención a las diversas dimensiones

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

implicadas en esta polimorfa coyuntura será nuestra consigna. Si no se hiciera así nos encontraríamos culpabilizando a las víctimas (los desposeídos que emigran, los musulmanes, los defensores del diálogo intercultural, etc.) del crimen que sufren de manos de los verdugos. Las dimensiones implicadas que destacaremos en este momento de reflexión son la *socio-política* (actitud de los pueblos, las culturas, las identidades, y la de los gobiernos y los poderes fácticos), y la *ético-filosófica* (enjuiciamiento ético de la situación cultural, política y económica de nuestro mundo). Una dimensión relevante, a la que no dedicaremos aquí demasiado espacio, es la *religiosa*, en tanto que versa sobre los desafíos en aras de la paz que interpelan a las religiones, como epicentros culturales, y dada la utilización bélica que se ha hecho tradicionalmente del elemento religioso.⁸

La tentación teórica del «Choque de civilizaciones»

El célebre libro de Samuel Huntington nos propone una tesis para explicar la situación mundial actual. Según la misma, el mundo se hallaría dividido en civilizaciones.



Este mundo —siempre según Huntington— presenta una fisonomía caracterizada por el declive de la civilización occidental y la emergencia cultural del poder del mundo islámico. La realidad carencial de Occidente se explica por el fracaso que éste ha tenido a la hora de universalizar su modelo: liberalismo político (democracia) al tiempo que económico (capitalismo), y un sentido secular e inmanente de la existencia. La principal fuerza reactiva ante este universalismo occidental —percibido desde muchos puntos como imperialismo— es el Islam, el cual se afirma como antípoda cultural por su tradicionalismo y autoritarismo sociopolítico, y el significado religioso que descubre en la existencia humana tanto individual como colectiva.

El ascenso del Islam es perceptible, según Huntington, en el creciente ascendente islamista en las sociedades musulmanas. Por una parte han proliferado movimientos de reivindicación cultural islámica, han profundizado su influencia los ya existentes (Hermanos Musulmanes), y han aparecido virulentos movimientos extremistas (Yihad Islámica, Hamas, Al Qaida). No obstante el renacer musulmán es más institucional que extremista, tiene más calado y relevancia en la primera vertiente que en la segunda (a pesar de la espectacularidad de los segundos). El éxito del islamismo se observa mejor en la adecuación de los sistemas educativos (modelo *madrasa* o escuela religiosa) o jurídicos (la shari'a, o ley coránica, como fundamento) que en la violencia explícita del terrorismo.

Los factores que habrían provocado este reverdecer islámico serían diversos:

- *Económicos*: incremento del poder relativo del mundo islámico desde la crisis petrolífera; permanencia en la marginación y la explotación.
- *Políticos*: aprovechamiento del factor anterior para equilibrar la explotación tradicional sufrida por la *ummah*⁹ de manos occidentales; crisis del Estado-nación como modelo de organización socio-política.
- *Demográficos*: crecimiento de la población, presencia de un estrato social joven sin expectativas, y sus efectos: conflictividad social, migraciones.
- *Culturales*: ruptura de las instituciones tradicionales (tribales y rurales) y configuración de clases marginadas urbanas¹⁰ cuyos referentes son los nuevos movimientos islamistas y no los gerentes políticos del Estado-nación (punta de un iceberg institucional occidental).

A estos factores se uniría la debilidad occidental, que tiene por epicentro la quiebra, ya mencionada, de su proyecto universalista de democracia y economía de mercado, por

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

una desconfianza de los mismos occidentales en la validez del modelo, y por corrientes de pensamiento que afirman que lo occidental puro deberá dejar paso a una occidentalidad multicultural y étnicamente diversa (fomentados por una efectiva multiétnicidad ya existente en Europa y Estados Unidos). Este último extremo es negado categóricamente por Huntington, para el que la posición adecuada de Occidente ante el actual estado de cosas es el reforzamiento en los pilares civilizatorios occidentales. Para él deben suprimirse acciones imperialistas explícitas, como las militares, pues generan un resentimiento que fermenta en terrorismo. Eso sí, es esencial sostener la seguridad militar y poblacional de nuestro espacio, y el sistema económico (capitalismo neoliberal) que es su pilar.

Hemos calificado de «tentación» a esta tesis del «Choque de civilizaciones» por varios motivos:

1.º El mismo **concepto de civilización** es ambiguo e impreciso, constituyendo una herramienta demasiado grosera para analizar la realidad. Admitiendo que este término expresa la forma más compleja de configuración cultural (valores, instituciones, realizaciones técnicas, autoconciencia e identidad personal y colectiva, etc.), no podemos creer en el monolitismo propuesto por Huntington: las culturas se hallan en una constante comunicación, hibridación y mestizaje; máxime en este mundo nuestro de tecnologías de la información y comunicaciones hiperdesarrolladas. Siendo esto así, es decir, estando la comunicación en el seno de lo cultural, es viable creer en la posibilidad de la extinción de los modos políticos hoy vigentes, por definición bélicos.¹¹

2.º Huntington afirma que **el núcleo de las civilizaciones** en pugna es religioso. En el caso occidental la religión es la cristiana; enfrente se halla el complejo cultural, político y religioso aglutinado en torno a la religión islámica. La oposición es tajante y substancial entre occidente y oriente por su misma esencia religiosa. Factores de esta pugna inevitable son semejanzas (monoteísmo, revelación, universalismo proselitista, *yihad* / cruzada, etc.) y diferencias (separación o no de lo religioso y lo político, afrontamiento de la relación fe/razón, etc.).

Aparte de otras consideraciones insostenibles (monoteísmo intolerante *per se*, etc.) consideramos que esta visión es contradictoria con la línea central de la obra: si la civilización occidental está caracterizada por su democratismo y su pluralismo secular, ¿en qué medida se puede afirmar que sigue actuando en ella un núcleo cristiano agente del conflicto? Por otra parte, cabría afirmar que la crisis del modelo occidental tiene su origen en esta contradicción fundamental: su ser un proyecto cultural

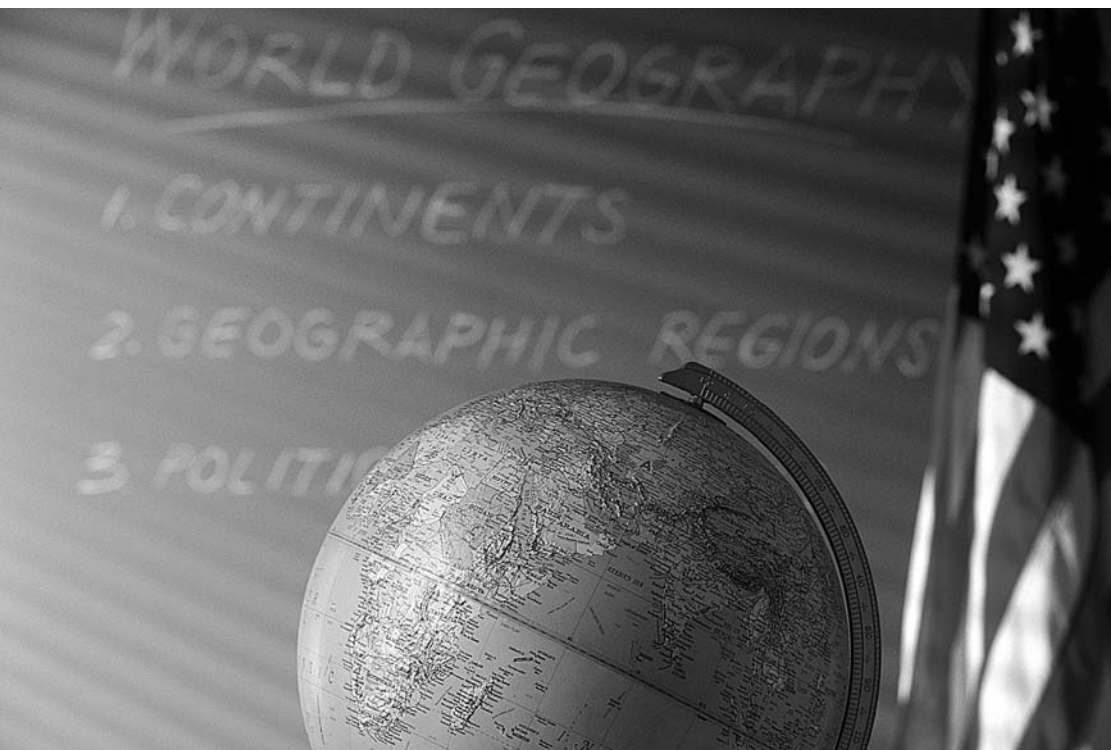
con base en una cosmovisión cristiana (núcleo antropológico en la caridad, universalista mediante la fraternidad, religiosidad que concibe lo material dignificándolo en tanto que lugar de expresión y realización de lo espiritual), y al mismo tiempo, de modo nítidamente contradictorio, su ser un proyecto materialista que persigue el dominio técnico de la naturaleza y la humanidad para el beneficio inmanente de una sociedad y una cultura a costa de las otras.

3.º En el libro de Huntington se encuentra una **noción de conflicto** muy limitada a lo bélico: sólo existe guerra si hay una expresión armada de la misma. Esto expresa una visión poco profunda de la violencia (tanto a nivel individual como a nivel cultural), pues la guerra empieza mucho antes de que los cañones se dejen oír.¹² La guerra comienza su singladura con el intento de rapiña económica del vecino, con la marginación de etnias y confesiones, con la manipulación de las conciencias y los corazones insuflando en ellos miedos y satanizaciones simplistas.

4.º Por otra parte Huntington nos presenta una **noción perversa y violenta de la política** siguiendo implícitamente a Carl Schmitt,¹³ para el cual una «unidad política» se define por la capacidad para provocar que los hombres mueran o maten en virtud de su influjo. Según Huntington los seres humanos se aglutinan en civilizaciones y éstas poseen Estados centrales que sirven de líder al resto de los que las conforman, precisamente para la confrontación de las civilizaciones antagónicas. Para Huntington está claro que la oposición está planteada hoy entre un Occidente capitaneado por los Estados Unidos, contra un Oriente que espera un líder a elegir entre Irán, China, Turquía...

Tampoco este análisis alarmista es preciso, sirviendo mucho, sin embargo, a los intereses armamentistas de la industria estadounidense. Caído el telón de acero y el bloque marxista *enemies are wanted*. Estados Unidos se ha edificado como nación siempre contra los otros (cosa que ocurre con menor frecuencia en la historia de otros países). Primero fue contra Inglaterra, después contra la multiforme nación india, después contra la Alemania nazi, después contra la URSS... ahora se necesitan demonios que justifiquen las millonarias inversiones en armamento. Los candidatos antes del 11 de septiembre eran por orden jerárquico Irak, Irán, Corea del Norte, Sudán y China. Tras la caída de las torres gemelas se colocó en primer lugar la intangible Al Qaida (*La base*), como expresión de un «terrorismo» que se blande contra la violencia de los débiles (OLP en Palestina) frente a la fuerza regular y tecnológica de los ejércitos (Afganistán, Israel). La legitimación para incendiar el mundo está servida.

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA



La crítica y las prevenciones ante la «tentación del Choque» se refieren tanto a lo que Huntington nos presenta (mundo de bloques monolíticos, confrontación inevitable, identidades impermeables, religiosidad como origen del conflicto...) como a lo que omite o minusvalora (importancia del neoliberalismo económico a escala planetaria, lacerante imperialismo cultural estadounidense, dominio político omnímodo legitimado a través de organizaciones internacionales de supuesta neutralidad (por ejemplo la ONU). Somos críticos con la visión de Huntington, sobre todo por su inmanentismo; es decir, por creer que sólo es posible lo que ya se da de hecho, o lo que tiene un referente histórico significativo (significatividad entendida en términos cuantitativos y dentro de la lógica del dominio y el conflicto inevitable). Nosotros afirmamos que es posible la utopía, en este caso la utopía de la paz en las relaciones entre los hombres y las culturas; pensamos que las mismas culturas no son bloques cerrados, sino organismos siempre abiertos y en una constante relación mutua que les somete a un implacable mestizaje. Creemos que las religiones pueden hermanar a los seres humanos por la virtualidad salvífica de lo sagrado, y por su esencia trascendente (sobrepasadora de límites, afirmadora de dignidades en relación, agente de responsabilización y luz para el hallazgo del sentido personal y comunitario de la humanidad).

Cultura bélica global

Una de las fallas más potentes del trabajo de Huntington es ignorar que lo que está en marcha es una guerra política y económica global.¹⁴

Se ha hablado mucho de etapa postcolonial para referirse a la relación de las antiguas metrópolis con sus vástagos, queriendo significar una superación de los tipos de relación política y económica del pasado (explotación, dominio, paternalismo, reparto entre potencias...). Lo cierto es que vivimos una etapa «neocolonial» en la que lo único que ha cambiado es la fisonomía de las potencias en conflicto para repartirse el pastel mundial (antes URSS y Estados Unidos, ahora tres bloques compuestos por Estados Unidos, la Unión Europea, liderada sobre todo por Alemania, y Japón).

A un observador poco atento le pudo parecer verosímil la tesis de Francis Fukuyama en la que se afirma que tras la caída del muro de Berlín (símbolo de la caída del sistema económico y político comunista) la humanidad había asistido al «final de la historia». Es decir, puesto que había fracasado la gran alternativa ideológica al modelo occidental democrático formal y neoliberal capitalista, la conclusión a extraer no era otra que «no existe alternativa», «las ideologías han muerto», «la historia ha alcanzado su plenitud». Sólo quedaría como tarea para el futuro la universalización de este modelo.

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

Del mismo modo podríamos haber pensado que muerta la guerra fría nacería una cálida paz. Extintos los bloques, en especial el comunista «satánico», la armonía debería reinar en el mundo. Al tiempo, instituciones como la OTAN, tan unidas a la dinámica de enfrentamiento a la Unión Soviética y su frente militar (Pacto de Varsovia, ya desaparecido), parecían condenadas a una existencia testimonial o, incluso, a un declive paulatino hasta la extinción. La realidad se ha desvelado de modo completamente opuesto a estas previsiones. Por ejemplo, la OTAN no sólo no desaparece sino que, con motivo de la guerra de Bosnia, se independizó de la legitimidad ONU y actuó sin mandato explícito de la misma. En la guerra de Afganistán ocurrió algo similar.

La teoría del «fin de la historia» es interesadamente superficial. Lejos de sus vaticinios hoy asistimos a un brote de concentraciones de poder, a su ejercicio neocolonial y a reacciones virulentas en contra de esta lógica ya antigua (por ejemplo, el 11 de septiembre). Las polarizaciones del poder han variado, pero no la dinámica conquistadora con que se ejerce. Ni siquiera han variado los procedimientos: control de materias primas, de zonas de influencia como mercados de productos manufacturados, inducción de monocultivos, de pautas económicas favorables a los intereses foráneos, invasión cultural como último giro de tuerca de la opresión, etc.

Hoy vivimos en un mundo globalizado en lo económico y en determinadas instancias militares, cuando sus contrapesos jurídicos y políticos siguen dependiendo de cortas barreras locales, nacionales, o, con dificultad, regionales (Unión Europea por ejemplo). Esto debería dar que pensar a los nacionalistas de todo signo.

El poder de la identidad

Lo que está adviniendo a nuestra realidad socio-cultural es la conformación de una «sociedad-red».¹⁵ En la construcción de esta red han sido fundamentales los intereses de la economía, tanto productiva como financiera, y la colaboración del ingente progreso de las tecnologías de la información. Este proceso está dando lugar a problemáticas como la división internacional del trabajo, los déficits de control político del flujo de capitales y las grandes acumulaciones de capital en nodos de poder dentro de la red (una cosa es funcionar en red y otra que todos tengan funciones o privilegios similares dentro de ella).

Pese a las múltiples ideologías (estatalismo ilustrado o marxista, o la actual globalización neoliberal) que han pretendido superar las fuentes tradicionales por las que

un individuo se entendía a sí mismo, su papel en la sociedad y el sentido de su existencia —habiendo quebrado ya las más de ellas— las identidades no sólo perviven sino que se muestran como el elemento que más oposición ofrece al movimiento globalizador.

Dos de las fuentes de identidad más poderosas en nuestros días son la nacionalidad o el grupo étnico y la religión. Se trata de lo que Gilles Kepel llamó la *venganza de Dios* en contra de los que proclamaron su muerte (Nietzsche), o la muerte del ser humano (Foucault). Existen tres tipos de identidad pujantes en nuestra realidad social.

- a) *Identidad legitimadora*: inducida por las instituciones como correlato social que les otorga legitimidad en cuanto hace utilizar a los actores sociales un espacio creado por el orden institucional mismo (Ej.: ONG's, movimiento obrero sindicalizado)
- b) *Identidad de resistencia*: sostenidas por grupos que por diversas razones se oponen a la legitimidad establecida y defienden su derecho a la identidad diferencial mediante el agrupamiento y el reforzamiento de los lazos más evidentes (Ej.: nacionalismo)
- c) *Identidad proyecto*: aquella que asumen los actores sociales que aprovechan elementos del presente cultural pero tienen un plan de transformación radical de la sociedad (movimiento obrero lo fue, ya no / el cristianismo más profético). Los actores sociales son sujetos, comunidades de personas, no individuos masificados.

Sólo un mundo habitado por sujetos capaces de protagonizar la historia puede parar la catástrofe en la que estamos instalados, y a las que nos veremos abocados de no rectificar tajantemente el rumbo de nuestra civilización. Este mal que anunciamos no será un cataclismo espectacular, sino una persistencia de la guerra como modo de relación intercultural. De vez en cuando tendremos pasajes explícitos como los del once de septiembre y su venganza respectiva mediante una guerra, tan rentable como criminal, contra la esperanza de una humanidad fraterna. Pero la tónica habitual será la que hoy podemos observar: tres cuartas partes del planeta empobrecidas (que no pobres) padeciendo enfermedad, hambre, migraciones, conflictos bélicos inducidos, etc.

Cainismo y dignidad del rostro del Otro

«¿Dónde está tu hermano Caín? ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Se oye la sangre de tu hermano, clama a mí desde el suelo. Vagabundo y errante serás en el mundo».

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

La historia de la humanidad no ha conocido más que cainismo. La paz es aún un sueño, una utopía que guía el quehacer de muchos, pero no una realidad que haya sido reconocible en etapa histórica alguna. Lo que la gente da en llamar paz no es más que la ausencia de guerra explícita, y muchas veces supone la preparación bélica, tanto por el armamentismo como por la fortificación en la propia identidad y la satanización del prójimo tribal, nacional o cultural.

Emmanuel Lévinas nos ofrece una fenomenología del rostro, es decir, una descripción de cómo aparece ante nosotros lo que no puede aparecer de ningún modo: la dignidad del prójimo. Es evidente que del otro hombre, de la otra cultura, percibo rasgos físicos, hábitos diferentes, ideas políticas, pero lo que nunca llego a aprehender es su dignidad. La dignidad del Otro debe tomarse como preestablecida, como condición de la relación ética. No hay que empezar por considerar los polos de la relación aislados (civilizaciones con una historia cultural autónoma, un recorrido institucional diferente, con unas condi-

ciones económicas y políticas desequilibradas a favor de unos y no de otros, etc.) sino por considerar el «entre» relacional (Martin Buber «zwischen»); es decir, aquello que nos une en tanto que humanidad (diferentes modos de afrontamiento de problemas comunes, necesidad de paz y de promoción de las personas, etc.). Si no es así, si montamos nuestra identidad cerradamente desde una historia que es única y unilateral, desde una concepción moral absolutizada, desde un orden institucional pretendidamente blindado, el choque violento entre civilizaciones será una realidad.

Somos muchos los que trabajamos por construir un mundo en paz profunda y verdadera, la única éticamente universalizable, no la de las víctimas de la injusticia por las que clamarán hasta las piedras. Una paz enraizada en el corazón de todos los seres humanos, en la estructura de una identidad abierta —por la fe y la razón— al diálogo con el otro hombre y con el Otro Dios. Amor, Justicia, Compasión, Clemencia y Misericordia, son sus nombres.

Notas

1. Este título hace referencia a un libro que hoy ha recobrado actualidad, se trata de la obra homónima de Samuel Huntington —*El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997—, la cual excede la descriptividad para desempeñar el papel de «centinela de occidente» responsabilizado con la salvaguarda de las esencias de la civilización occidental ante el aluvión inmigratorio.

2. *System of global position* (Sistema de Posición Global, con utilidades civiles como la orientación de barcos, pero también militares).

3. Segunda red intercontinental de fibra óptica para un desarrollo de la actual Internet y otros usos en telecomunicaciones.

4. Táctica económica ilícita por la que una empresa vende sus productos por debajo del precio de coste real, con el fin de conseguir una posición dominante en el mercado (conseguir los consumidores que antes compraban productos a la competencia). En este caso, el del *dumping* socio-económico, nos estamos refiriendo a la estrategia de las empresas transnacionales, en virtud de la cual, realizan su producción de bienes en países en los que las condiciones laborales son pésimas (jornadas laborales esclavizantes, trabajo infantil, riesgos sanitarios, etc.), actividad que tiene como resultado un escaso beneficio en los países del Sur, y genera una presión contra el Estado social del Norte. Eso sí, lo que se consigue es el incremento de las plusvalías del capital.

5. *Acuerdo Multinacional de Inversiones*, cuyo propósito era garantizar una estabilidad social a las empresas inversoras en un determinado país. Una de las cláusulas disponía que la hacienda pública del país se hiciera responsable ante la empresa de los daños económicos sufridos por el surgimiento de algún conflicto laboral. Es decir, que el dinamismo de la huelga u otros dispositivos de lucha social quedarían neutralizados, puesto que si el trabajador hace uso de ellos, está al mismo tiempo pagando las consecuencias a través de los impuestos. Fue paralizado por la movilización social en varios países del Norte,

pero ya había sido firmado por países tan relevantes del Sur como México.

6. Supeditación de la financiación a reformas legales maquiavélicas como la no sanción de los delitos económicos de las empresas y los políticos, la reducción de las inversiones en sectores «no productivos» como la educación y la sanidad, etc.

7. Liberalización de los mercados de manufacturas producidas en el Norte, pero proteccionismo en los mercados de materias primas y productos agropecuarios, casi la única baza económica del Sur.

8. Ver el artículo «Totalidad política e infinito ético-religioso» en este mismo número de *Acontecimiento*.

9. Comunidad de los musulmanes sin distinción de origen nacional.

10. Ver al respecto, en *Acontecimiento*, núm. 56, «Urbanización y proceso de democratización en Argelia», por Djilali Sari (profesor de la Universidad de Argel).

11. Ver *El concepto de lo político* (Carl Schmitt, Alianza Editorial, Madrid 1999, pág. 65) sobre la realidad fáctica de un mundo en guerra a escala mundial, los principales agentes en este «juego», las víctimas propiciatorias y la compleja trama de encubrimientos mediáticos que se utilizan para proyectar a la «opinión pública» un halo de legitimidad moral.

12. Ver *Más allá de la guerra (el sueño de Isaías)* (Gerardo López Laguna, Colección Sinergia, Editorial Mounier, Madrid 2001, pág. 17).

13. Ver nota 10.

14. El libro de Michelle Collon *El juego de la mentira* (el cual lleva por subtítulo «Las grandes potencias, Yugoslavia, la OTAN, y las próximas guerras») realiza una minuciosa radiografía de los intereses en juego a escala mundial, los principales agentes en este «juego», las víctimas propiciatorias y la compleja trama de encubrimientos mediáticos que se utilizan para proyectar a la «opinión pública» un halo de legitimidad moral.

15. Manuel Castells, en su trilogía *La era de la información* (Alianza Editorial, Madrid 2001, vol. II) nos explica el poder que están demostrando tener las identidades frente a las fuerzas globalizadoras.